

## EL CRISTOCENTRISMO RADICAL DE TEILHARD

Harvey D. Egan, SJ

"El misticismo cristocéntrico de Pierre Teilhard de Chardin".

Budhi: A Journal of Ideas and Culture 2004 VIII/1&2, pp. 121-36.

Teilhard era muy consciente de que una de las necesidades psicológicas más apremiantes de la persona contemporánea era tener la seguridad del éxito de la evolución. La persona contemporánea necesita la seguridad de que el progreso del que ha asumido la responsabilidad no acabe finalmente en alguna forma de muerte cósmica. Desde una perspectiva científica, filosófica y teológica, Teilhard escribió para proporcionar la seguridad de que la evolución no llega a un callejón sin salida, sino que converge en una "teosfera de amor" en la que Dios es Todo en todo.

Desde la ciencia, la "ultrafísica" de Teilhard trató de mostrar que la evolución converge de hecho, que la materia encuentra su verdadera meta en el espíritu humano en el que se vuelve autoconsciente. La evolución converge en el ser humano para convertirse en evolución consciente de sí misma. La filosofía de Teilhard destacaba que, a medida que la conciencia se vuelve más compleja y la autoconciencia se agudiza, la socialización humana también se vuelve más compleja. Con la profundización de las formas de amor, la "amorización", la persona humana evoluciona no sólo individualmente sino también socialmente.

Desde su fe sobrenatural, Teilhard cristificó la evolución al identificar al Cristo de la revelación con la meta, o punto Omega, de la evolución. El universo convergente exige un centro ultra personal con el poder de atraer la evolución hacia su meta final, identificando aquí y ahora la energía de amor del mundo. Primero identifica la cosmogénesis con la cristogénesis y luego desplaza el énfasis hacia la cristogénesis, que ocupa el "lugar del vago foco de

convergencia" que es "la realidad bien definida del Verbo Encarnado, en el que todas las cosas se mantienen juntas".

Teilhard consideraba que la cosmogénesis es una cristogénesis radical, que la evolución se convierte realmente en el Cristo cósmico. Su fundamento, punto de partida y objetivo final son simplemente que Jesús de Nazaret forma un centro "físico" tanto para la humanidad como para el mundo material. Insistió una y otra vez en la función cósmica de Cristo, en la influencia "física" de Cristo sobre toda la realidad cósmica. Como dijo Teilhard de forma mordaz "Entre el Verbo, por una parte, y Jesús Hombre, por otra, surge una especie de 'tercera naturaleza' crística: la del Cristo total que totaliza, en la que el elemento humano individual nacido de María se transforma por la Resurrección en el estado no simplemente de un Elemento (o Medio o Brújula) cósmico, sino de un Centro psíquico último para la reunión del universo...". . En el Cristo total. . no hay sólo Hombre y Dios; hay también aquel que en su ser "teándrico" reúne toda la creación: *in quo omnia constat* [en quien todas las cosas se mantienen juntas].

El "Cristo total" ejerce un control "físico" sobre el universo en virtud de los aspectos orgánicos y físicos de la encarnación. Teilhard situó el misterio cristiano de la encarnación de Dios en el contexto de un universo evolutivo y convergente, y entendió cada uno en función del otro. A través de la encarnación, Dios entra no sólo en la humanidad sino también en el propio universo como su principio cósmico y director. Dado que Dios ha entrado en el cosmos para tomarlo todo para sí, el cosmos contiene una dinámica crística hacia la que todo converge en armonía y amor. La encarnación eleva el mundo natural y le da una finalidad sobrenatural dirigida por el Cristo cósmico y centrada en él. Como dice Teilhard: "es primero por la encarnación y luego por la Eucaristía que [Cristo] nos organiza para sí y se impone a nosotros. . . . Por su Encarnación se insertó no sólo en la humanidad, sino en el universo que sostiene a la humanidad. . un principio director, de un Centro hacia el que todo converge en armonía y amor". El encarnadismo radical de Teilhard equipara a Dios creador, Dios redentor y Dios evolucionador. La creación, la redención y

la evolución son, en cierto sentido, parte de un mismo proceso cósmico: el cuerpo místico de Cristo que se forma a través de la evolución. "El mundo sigue siendo creado", escribió Teilhard, "y es Cristo quien se completa en él".

Teilhard transpuso creativamente ciertos textos de San Juan y San Pablo que subrayan la supremacía cósmica de Cristo sobre toda la creación. Debido a la encarnación, Teilhard consideraba a Cristo como un mundo actual, un organismo que lo unía todo a sí mismo, incluso "física" y "biológicamente". Al destacar a Cristo como elemento físico universal y como centro cósmico de la creación, Teilhard quiso contrarrestar las interpretaciones jurídicas y teológicas extrínsecas de su época respecto a la actividad salvífica de Cristo. La influencia "orgánica" y "física" de Cristo significa realmente su presencia personal, humana y divina, como el Señor que resucitó de entre los muertos en la gloria.

En su inquietantemente bella "Misa del mundo", Teilhard, al encontrarse en el desierto sin pan ni vino para decir la misa, ofrece todos sus esfuerzos, trabajos, logros, sufrimientos y contratiempos, así como los del mundo, como elementos que deben transubstanciarse en el cuerpo y la sangre de Cristo. Para Teilhard, la propia evolución es una misa eterna que consagra lentamente todos los elementos del cosmos en el único Cristo cósmico. Al considerar el cosmos como una inmensa Hostia, consideraba que la eucaristía era el eje mismo de la evolución a través del cual Cristo producía una transubstanciación cósmica de todas las cosas en sí mismo. Escribió: "En todo momento, Cristo eucarístico controla -desde el punto de vista de la organización del Pleroma- todo el movimiento del universo. . . . Como nuestra humanidad asimila el mundo material, y como la Hostia asimila nuestra humanidad, la transformación eucarística va más allá y completa la transubstanciación del pan en el altar. Paso a paso invade irresistiblemente el universo". Para Teilhard sólo ocurre una cosa en todo el universo: la encarnación que se completa en cada individuo a través de la eucaristía.

Para él, Jesucristo es el "Cristo universal", el "Cristo total", el "eje central privilegiado" de la evolución, el "super-Cristo", el "Alma del mundo", el "núcleo crístico" de un cosmos en evolución que es "inconmensurable con cualquier profeta o Buda". Sería un grave error pensar, sin embargo, que el Cristo de Teilhard es una abstracción idealizada de la evolución o de la humanidad. El Cristo cósmico es, para Teilhard, siempre la persona histórica de Jesús de Nazaret. Además, es Jesús de Nazaret quien dirige la vida total del universo y a través de cuya resurrección la evolución recibió su dinámica central. Es Jesús de Nazaret el punto de referencia histórico o la tangibilidad histórica del medio divino que se está formando por la cosmogénesis. A pesar de sus infrecuentes referencias al Jesús histórico, Teilhard nunca separa al Cristo-Omega de Jesús de Nazaret. Pues, como dice: "El Cristo místico, el Cristo universal de San Pablo, no tiene sentido ni valor a nuestros ojos más que como una expansión del Cristo que nació de María y que murió en la Cruz. . . . Por mucho que nos adentremos en los espacios divinos que nos abre la mística cristiana, nunca nos apartamos del Jesús de los Evangelios".

El énfasis de Teilhard en el Cristo cósmico que es inextricablemente el Cristo revelado de los evangelios le permitió resolver una cuestión candente contemporánea. Según Teilhard, gran parte del malestar contemporáneo provenía de la incapacidad de creer en un Dios personal. Sin embargo, la gente tiene un gran interés en el Todo, en la totalidad de las cosas, en un Absoluto impersonal. Sin embargo, como el amor muere en presencia de lo impersonal, Teilhard sostenía que el progreso humano y la propia evolución estaban en peligro. Sólo el amor y la concentración en un Absoluto personal podrían sostener el progreso y la evolución humanos. "Nuestro mundo niega la personalidad y a Dios", escribió, "porque cree en el Todo: Todo depende de convencerlo de que, por el contrario, debe creer en lo personal porque cree en el Todo".

Teilhard confesó que, durante toda su vida, nunca había tenido la menor dificultad para dirigirse a Dios como "Alguien Supremo". Siempre había relacionado el Todo con lo personal y veía a ambos en una perspectiva

evolutiva y cristo céntrica. Porque la cosmogénesis es cristogénesis, hay "un dios que se hace cósmico y una evolución que se hace persona". El Cristo cósmico une el Todo y lo personal, permitiendo a la humanidad contemporánea amar la totalidad como persona.

De este modo, Teilhard sostenía que la pasión cósmica de la persona humana, el amor al Todo o la tendencia legítima al panteísmo podía ser asumida, sublimada y transformada en un profundo panteísmo cristiano en el que el Dios personal del amor es el Todo en todo. "Lo esencial del cristianismo", escribe Teilhard, "[es] poner positivamente el mundo en relación con el Supremo Personal, es decir, nombrarlo". La pasión fundamental de la persona humana por el Todo y el amor por el mundo encuentran su realización en una mística del amor centrada en la persona y cristo céntrica. Es el Cristo cósmico, el Cristo total, quien realiza la unión con Dios a través de la tierra.

También dijo que "nos unimos a Cristo entrando en comunión con todos los hombres". La auténtica cristogénesis exige una antropogénesis radical. Teilhard sostenía que, a medida que la persona humana evoluciona, surgen formas más profundas de socialización humana. Para este proceso, sin embargo, sólo la caridad puede suministrar "la energía espiritual suprema que vincula a todos los elementos y personas en su "esencia insustituible e incomunicable en un proceso universal de unificación." La caridad es para Teilhard una energía axial, una energía evolutiva por la que la evolución alcanza niveles de progreso cada vez más elevados.

Teilhard sostenía así que era imposible amar a Cristo y al universo sin amar a otras personas, y viceversa. Amar a los demás, especialmente en el esfuerzo por lograr un universo más humano, une a la persona con los demás, pero también con Cristo y el universo. Debido al énfasis de Teilhard en la naturaleza social en evolución de la persona y en el amor como energía axial de la evolución, rechazó enérgicamente la noción de religión como un asunto privado. La religión, la espiritualidad y el misticismo aprovechan la reserva de amor del espíritu humano. El amor vincula a las personas entre sí, de centro a centro, y reúne a todos en una unidad viva que refuerza la personalidad de

cada uno. A través del amor, la humanidad se convierte en una sola persona, el Cristo cósmico. Teilhard escribe: "El único sujeto capaz, en última instancia, de una transfiguración mística es el conjunto de la humanidad que forma un solo cuerpo y una sola alma en la caridad". Sin embargo, esta "transfiguración mística" refuerza y preserva la identidad única de cada persona mediante la unidad diferenciada del amor.

Al centrarse en el Cristo cósmico, la nueva mística de Teilhard sintetiza "tres componentes universales: el cósmico, el humano y el crístico". Mezcla, en efecto, la llamada totalidad hindú de Teilhard, la tecnología occidental y el personalismo cristiano. Su ecumenismo radical reúne un profundo sentido de la tierra, una fe en la humanidad y un sentido radical de la trascendencia. Este nuevo misticismo incorpora, sublima y transforma las tendencias panteístas de los misticismos orientales, la fe marxista en la humanidad y la fe tradicional del cristianismo en un Dios trascendente y personal en un cristianismo que se supera a sí mismo. Las legítimas aspiraciones de la mística oriental panteísta, de los movimientos humanistas marxistas y del cristianismo tradicional se satisfacen y realizan en el Cristo cósmico en el que convergen el Todo, el devenir y la personalidad.